

Nos encontramos en un mundo determinado psicológica y sociológicamente por el desarrollo vertiginoso de las ciencias y la tecnología. La máquina, no sólo reemplaza y corrige al hombre en su aspecto instrumental, sino que afecta sus dimensiones éticas, estéticas y filosóficas.

Fuerzas interesadas pretenden encauzar la evolución de la tecnología hacia la mistificación de uno de los exponentes de la existencia humana: la creación artística. Imponiendo patrones de valor y de conducta, se pretende uniformar nuestras vidas y se hace del arte un mito. Tal pretensión, que amenaza entronizarse, implica recusar la actitud rebelde y renovadora que por vocación adopta todo artista.

La vida determina la verdad; no al revés. La actitud de un niño jugando con las cosas que lo maravillan, es más importante que todas las "obras de arte". Estas no son sino huellas que, sobre el polvo del recuerdo, deja una vida activa.

Ante un mundo tecnológico desconcertante y maravilloso, nos toca renacer: volver a ser niños. Así, nuestras manos se desasirán de los valores que la sociedad nos ha inculcado en su defensa, y nuestra imaginación —libre ya— sabrá aprovechar las copiosas posibilidades de la creación artística, cuyas vivencias queremos compartir aquí con el espectador.

La sociedad ha vertido en nuestras venas incontables tabúes y una versión interesada del pasado. Pero en ellas también germina el futuro que nos enseña a razonar, con libertad y universalidad, nuestras percepciones, hasta tomar una nueva conciencia de la materialidad del color, de la elementalidad de los objetos y formas, y de la realidad de los acontecimientos cotidianos. Futuro que han venido fraguando los artistas del pasado. Ellos son los que nos hacen abrir puertas, hasta ahora cerradas por los prejuicios de nuestro medio.

Así, abriendo puertas y con una nueva conciencia, nos presentamos en un medio que nos es hostil. Abundan aún entre nosotros las instituciones que, enarbolando escalas inoperantes de valores, se arrogan el derecho de señalar lo que es arte. Todavía campea una pedagogía atrasada que desvitaliza, que amputa la iniciativa y que coacta la libertad de la creación artística.

Tal vez mostremos defectos en la ejecución; ellos responden a la pobreza del medio. Lo importante es que el espectador sienta nuestro espíritu de libertad en la concepción artística y lo comparta. Por aquí se principia y se preparan otros cambios.